

zaban, pagaban y liquidaban. Vilquín se las echó de generoso comprando la quinta, la casa del Havre y un cortijo, y Latournelle se aprovechó de aquel impulso de generosidad para arrancar un buen precio á Vilquín. Hubo quien quiso visitar á la señora y á la señorita Miñón; pero éstas obedecieron á Carlos refugiándose en el *Chalet* la mañana misma de su partida, la cual les fué ocultada en el primer momento. Á fin de que el dolor no le hiciese acaso desistir de su decisión, el valeroso banquero había abrazado á su mujer y á su hija mientras dormían. El día de la fatal noticia fueron depositadas más de trescientas tarjetas en la puerta de la casa Miñón. Quince días después, el olvido más profundo, profetizado por Carlos, revelaba á aquellas dos mujeres la prudencia y la grandeza de la resolución ordenada. Dumay nombró representantes de su amo en Nueva York, en Londres y en París, siguió la liquidación de las tres casas de banca á las que era debida la ruina, realizó del año 1826 al 1828 la suma de quinientos mil francos, octava parte de la fortuna de Carlos y, según órdenes escritas durante la noche de la partida, se los envió á Miñón á Nueva York á principios del año 1828 por conducto de la casa Mongenod.

Todas estas operaciones se efectuaron militarmente y sólo dejó de cumplirse la orden que había dado Carlos de que se dedujesen treinta mil francos de esta suma á fin de cubrir las necesidades personales de la señora y de la señorita Miñón. El bretón vendió su casa del Havre por veinte mil francos y los entregó á la señora Miñón, echándose la cuenta de que, cuanto más capital tuviera el coronel, más pronto volvería.

—Á veces por falta de treinta mil francos se parece —había dicho Dumay á Latournelle, el cual había comprado por su valor la casa de aquél, donde los habitantes del *Chalet* encontraban siempre hospedaje.

Tal fué para la célebre casa Miñón del Havre el resultado de la crisis que arruinó del año 1825 á 1826 á

las principales casas de comercio y que causó la ruina de varios banqueros de París, uno de los cuales presidía el tribunal del comercio. Ahora se puede comprender cómo esta caída inmensa, después de diez años consecutivos de prosperidad, había podido ser el golpe de muerte para Betina Wallenrod, que se vió una vez más separada de su marido, sin tener noticias de su vida, en apariencia tan peligrosa y tan aventurada como el destierro de Siberia; pero el mal que la arrastraba hacia la tumba es para estas penas visibles lo que es para las penas ordinarias de una familia el hijo fatal que la arruina y la devora. La piedra infernal arrojada en el corazón de aquella madre era una de las piedras tumulares del pequeño cementerio de Ingouville, en el cual se lee:

BETINA CAROLINA MIÑÓN

muerta á los veintidós años

¡ROGAD POR ELLA!

1827

Esta inscripción es para una joven lo que un epitafio para muchos muertos: la tabla de materias de un libro desconocido. El libro es el siguiente, y, aunque atrevido, puede servir para darnos una explicación de la causa que motivó el terrible juramento que se prestaron el coronel y el teniente al despedirse.

Un joven de hermosa figura, llamado Jorge de Estourny, fué al Havre con el vulgar pretexto de ver el mar, y vió allí á Carolina Miñón. Un elegante de París no va nunca sin recomendaciones, y éste, por mediación de un amigo de los Miñón, fué invitado á una fiesta que dieron éstos en Ingouville. Enamorado locamente de Carolina y de su fortuna, el parisiense entrevió un feliz resultado. En tres meses acumuló todos los medios de seducción y robó á Carolina. Cuando hay hijas, un padre de familia no debe nunca

dejar entrar en su casa á un joven sin conocerle, del mismo modo que no debe dejar entrar tampoco periódicos ó libros sin leerlos antes. La inocencia de las muchachas es como la leche, que se agria con una tronada, con un perfume venenoso, con el calor, con una insignificancia cualquiera, con un soplo. No bien leyó la carta de despedida de su hija mayor, Carlos Miñón mandó salir inmediatamente á la señora Dumay para París. La familia alegó la necesidad de un viaje repentinamente ordenado por el médico de la casa, el cual se prestó á esta necesaria excusa; pero no pudo impedirse que se hablase en el Havre de aquella ausencia.

—¡Cómo! una muchacha tan fuerte, de tez española y de negra cabellera ¡física!

—Sí, sí, indudablemente; dicen que cometió una imprudencia.

—¡Ah! ¡ah!—exclamaba un Vilquín.

—Volvió bañada en sudor de una correría á caballo, y cometió la tontería de tomar un helado; al menos esto es lo que dice el doctor Troussenard.

Cuando la señora Dumay volvió, la desgracia de la casa Miñón estaba consumada y nadie hizo, por lo tanto, caso de la ausencia de Carolina ni de la vuelta de la mujer del cajero.

Á principios del año 1827, los periódicos publicaron el proceso de Jorge de Stourny, condenado por constantes fraudes en el juego. Este joven corsario huyó de su patria, sin ocuparse para nada de la señorita Miñón, á la que quitaba todo el valor la liquidación hecha en el Havre. En poco tiempo, Carolina tuvo noticia de su infame abandono y de la ruina de su casa paterna. Vuelta al hogar y herida por espantosa y mortal dolencia, murió en pocos días en el *Chalet*. Su muerte sirvió al menos para proteger su reputación. La mayor parte de la gente creyó en la enfermedad alegada por el señor Miñón, cuando la huida de su hija, y en la prescripción que ésta había recibido

de ir á Niza. ¡La madre esperó conservar á la hija hasta el último momento! Betina era su preferida, del mismo modo que Modesta era la de su padre, y estas dos elecciones no dejaban de tener algo de conmovedor: Betina era todo el retrato de Carlos, así como Modesta lo era de su madre, y ambos esposos continuaban su amor en sus dos hijas. Carolina, nacida en Provenza, se parecía á su padre en aquella hermosa cabellera negra como el ala de un cuervo que se admira en las mujeres de Oriente, en sus negros y rasgados ojos brillantes como estrellas, en su tez aceitunada, en su piel aterciopelada, en su pie de elevado empeine y en su talle español, esbelto y flexible. Por eso el padre y la madre estaban orgullosos de la encantadora oposición que ofrecían las dos hermanas.

—¡Un ángel y un diablo!—decían sin malicia y sin sospechar que este dicho pudiera resultar una profecía.

Después de haber llorado un mes entero en su cuarto, donde quiso permanecer sin ver á nadie, la pobre alemana salió de él con los ojos enfermos. Antes de perder la vista, la madre había ido, á pesar de la oposición de sus amigos, á contemplar la tumba de Carolina, y esta última imagen permaneció animada y grabada en sus tinieblas, al igual que el espectro rojo del último objeto visto brilla aún con gran claridad después de haber cerrado los ojos. Luego de esta espantosa y doble desgracia, Modesta, que pasó á ser hija única sin que su padre lo supiese, contribuyó á que Dumay se mostrase, no ya más adicto que antes, sino más temeroso. La señora Dumay, loca por Modesta como todas las mujeres sin familia, la protegió también con su cariño maternal, sin desconocer, empero, las órdenes de su marido, que desconfiaba de las amistades femeninas. La consigna era clarísima.

—Si alguna vez—había dicho Dumay—cualquier hombre, sea cual fuere su rango ó su edad, se atreve á hablar á Modesta, hacerla el oso ó mirarla con bue-

nos ojos, es hombre muerto: le salto la tapa de los sesos, y voy á ponerme acto continuo á disposición del procurador del rey, en la esperanza de que acaso mi muerte contribuya á salvarla. Si no quieres verme subir al patíbulo, reemplázame durante el tiempo que yo estuviere fuera de casa.

Hacia tres años que Dumay visitaba sus armas todas las noches y parecía haber comprometido en su juramento á los dos perros de los Pirineos, animales de gran inteligencia, de los cuales dormía uno en el interior y el otro estaba apostado en una cabaña, de donde no salía nunca ni ladraba; pero el día en que estos dos perros hubiesen clavado sus quijadas en quien quiera que fuese, hubiese sido terrible.

Ahora se puede comprender ya la vida que hacían en el *Chalet* la madre y la hija. Los señores Latournelle, acompañados generalmente de Gobenheim, iban casi todas las noches á hacer compañía á sus amigos y á jugar á las cartas. La conversación versaba sobre los asuntos del Havre y sobre los pequeños acontecimientos de la vida de provincias. Entre nueve y diez de la noche se separaban. Modesta iba á acostar á su madre, y ambas rezaban juntas, se repetían sus mutuas esperanzas y hablaban del viajero querido. Después de abrazar á la madre, la hija se iba á su cuarto á las diez. Al día siguiente, Modesta iba á ayudar á levantarse á su madre y se reanudaban los mismos cuidados, las mismas oraciones y las mismas charlas. Para honor de Modesta, diremos que desde el día en que la terrible enfermedad privó á su madre de la vista, ella se constituyó en su camarera y desplegó siempre la misma solicitud sin cansarse y sin encontrar la vida monótona. La joven demostraba á su madre un cariño sublime y una dulzura y una amabilidad raras en las jóvenes y que no pasaron desapercibidas para los testigos de aquella ternura. Así es que para la familia Latournelle y para la familia Dumay, Modesta era en la parte moral la perla que ya conocéis.

Entre la comida y la cena, los días de sol, las señoras Miñón y Dumay daban un paseito hasta las orillas del mar, acompañadas de Modesta, pues la ciega necesitaba el auxilio de dos brazos para andar. Un mes antes de la escena que describimos precedentemente, la señora Miñón había tenido una conferencia con sus únicos amigos la señora Latournelle, el notario y Dumay, mientras que la señora de éste entretenía á Modesta dando un largo paseo.

—Escuchen ustedes, amigos míos—había dicho la ciega.—Mi hija ama, lo siento, lo veo... Acaba de operarse en ella una extraña revolución, y no comprendo cómo no se han apercebido ustedes de ello.

—¡Por vida de...!—había exclamado el teniente.

—No me interrumpa usted, Dumay. Desde hace dos meses, Modesta se arregla como si tuviese que ir á una cita; se ha hecho excesivamente caprichosa para el calzado, quiere lucir su piecico, y riñe de continuo con la señora Gobet, su zapatera, y hasta con la costurera. Algunos días, mi pobre hija permanece pensativa y distraída como si esperase á alguien. Sus respuestas son breves, cual si se viese contrariada en su silencio ó en sus secretos cálculos; después, si el que yo supongo que ella espera llega...

—¡Por vida de...!

—Siéntese usted, Dumay—continuó la ciega.—¡Oh! cuando Modesta está alegre, ustedes no lo notan, ustedes no pueden percibir esos matices demasiado delicados para ojos ocupados en el espectáculo de la naturaleza: su alegría se echa de ver por el tono de su voz y por acentos que sólo yo comprendo y adivino. En lugar de permanecer sentada y pensativa, Modesta gasta una actividad loca en movimientos desordenados. En una palabra, que es feliz. ¡Ah! amigos míos, lo mismo conozco yo la dicha que la desgracia... Por el beso que me da mi pobre Modesta, adivino lo que pasa en ella, si ha recibido ó no al que espera ó si está inquieta. También los besos, hasta los de una joven

inocente, tienen sus matices, y, si bien Modesta es la inocencia misma, su inocencia no es tonta, sino que encierra cierta instrucción. Á pesar de que estoy ciega, puedo asegurarles que mi ternura maternal me hace perspicaz, y les insto á ustedes á que vigilen á mi hija.

Dumay, enfurecido, el notario, como hombre empeñado en hallar la solución de un enigma, la señora Latournelle, cual dueña engañada, y la señora Dumay, que participó de los temores de su marido, se constituyeron entonces en espías de Modesta, y no la dejaban sola un instante. Dumay pasaba las noches bajo las ventanas, arrebujaado en la capa, como un español celoso; pero, á pesar de su sagacidad militar, no pudo observar ningún indicio acusador. Á no ser que amase á los ruiñones del parque de Vilquín, ó á algún duende ó trasgo, Modesta no había podido ver á nadie, ni recibir ni dar señal alguna. La señora Dumay, que no se acostaba hasta después de ver dormida á Modesta, vigilaba los caminos desde el *Chalet* con una atención igual á la de su marido. Á los ojos de aquellos cuatro Argos, la irreprochable joven, cuyos menores movimientos fueron estudiados y analizados, apareció tan libre de toda culpa, que los amigos tacharon á la señora Miñón de visionaria y preocupada.

La señora Latournelle, que acompañaba en persona á la iglesia á Modesta, fué la encargada de decirle á la madre que se engañaba respecto á su hija.

—Modesta—le había dicho—es una joven muy exaltada, que se apasiona por las poesías de éste y por la prosa de aquél, y acaso usted se haya dejado engañar por la impresión que ha producido en ella esa sinfonía de verdugo (palabra de Butscha) titulada *El último día de un condenado*; pues es lo cierto que me pareció loca con sus admiraciones por ese señor Hugo. No sé de dónde sacan esas ideas esas gentes (Víctor Hugo, Lamartine, Byron son *esas gentes* para las señoras Latournelles). La niña me habló de *Childe Harold*, y, por

no desairarla, cometí la inocentada de ponerme á leer *eso* para poder discutir con ella. No sé si será efecto de la traducción, pero es lo cierto que mi corazón latía con fuerza, se me iba la vista y no pude continuar. Hay allí comparaciones que asustan, rocas que se evaporan, y, en una palabra, como es un inglés el que viaja, se espera uno toda clase de extravagancias; pero, á decir verdad, éstas pasan de la raya. Se cree uno en España, y de pronto se encuentra en las nubes, encima de los Alpes, y el autor hace hablar á los torrentes y á las estrellas; y además, ¡hay demasiados neologismos!... ¡y esto llega á impacientarle á uno! Modesta me ha dicho que todos estos términos enfáticos provenían del traductor, y que era preciso leer la obra en inglés. Pero no voy yo á aprender el inglés por lord Byron, cuando no lo he aprendido por Exuperio. Prefiero mil veces las novelas de Ducray-Duménil á esas novelas inglesas. Soy demasiado normanda para enamorarme de nada que venga del extranjero, y menos aún de Inglaterra.

La señora Miñón, á pesar de su pena eterna, no pudo menos de sonreirse al oír el juicio que *Childe Harold* mereció á la señora Latournelle, y la severa notaria aceptó esta sonrisa como una aprobación de sus doctrinas.

—De modo que, á mi juicio, mi querida señora Miñón, los caprichos de Modesta son efecto de sus lecturas de amores. Tiene veinte años, y á esa edad se ama una á sí misma, y se adorna por sólo el gusto de verse adornada. Yo me acuerdo que le colocaba un sombrero de hombre á mi difunta hermanita y jugábamos á los novios... Usted tuvo en Francfort una juventud feliz; pero seamos justos y confesemos que Modesta no tiene aquí ninguna distracción. No obstante la complacencia con que son acogidos sus menores deseos, Modesta sabe que está vigilada, y la vida que hace tendría pocos atractivos para cualquier otra joven que no hubiera sabido, como ella, encontrar dis-

tracciones en los libros. Déjese usted de preocupaciones, pues su hija no ama más que á usted, y dese por muy feliz con que se enamore de los corsarios de lord Byron, de los héroes de novela de Walter Scott y de los cuentos alemanes de Egmont, Werther, Schiller y otros Err.

—Y bien ¿qué dice usted, señora?—dijo respetuosamente Dumay, asustado del silencio de la señora Miñón.

—Modesta no sólo siente deseos de amar, sino que ama á alguien—respondió la madre obstinadamente.

—Señora, se trata de mi vida, y, no ya por mí, sino por mi pobre mujer, por mi coronel y por nosotros todos, espero que no tomará usted á mal el que yo procure indagar si es usted la que se engaña, ó el perro guardián.

—El que se engaña es usted, Dumay. ¡Ah! ¡si yo pudiese ver á mi hija!...—decía la pobre ciega.

—Pero ¿á quién puede amar?—respondió la señora de Latournelle.—Por nuestra parte, respondo de mi Exuperio.

—Supongo que tampoco será á Gobenheim, al cual, desde que el coronel se ha marchado, sólo vemos nueve horas por semana—dijo Dumay.—Por otra parte, no le creo capaz de pensar en Modesta á ese escudo con figura de hombre. Su tío, Gobenheim-Keller le repite sin cesar. «Procura llegar á ser bastante rico para poder casarte con una Keller.» Con este programa, no hay temor de que se acuerde siquiera de que Modesta es mujer. Estos son los únicos hombres que entran aquí, y no cuento á Butscha, pobre jorobado á quien amo, el cual es vuestro Dumay, señora,—dijo á la notaria.—Butscha sabe perfectamente que una mirada dirigida á Modesta le valdría una burla á la moda de Vannes. Nadie tiene, pues, comunicación con nosotros. La señora Latournelle, que, desde el día de la... de la desgracia de ustedes viene á buscar á Modesta para ir á la iglesia y la vuelve á traer á casa,

la ha observado durante la misa, estos días, y no ha visto nada sospechoso en torno de ella. Finalmente, sepa usted que yo mismo rastrillo hace ya un mes los paseos de los alrededores de la casa, y los encuentro por las mañanas sin huella alguna de pasos.

—Los rastrillos no son caros ni difíciles de manejar —contestó la alemana.

—Y ¿los perros?—preguntó Dumay.

—Los amantes saben buscar filtros para dárselos,—había respondido la señora Miñón.

—Sería cuestión de levantarme la tapa de los sesos si tuviera usted razón—había exclamado el teniente.

—¿Y por qué, Dumay?

—Señora, porque no me atrevería á presentarme delante del coronel si éste no encontrase á su hija, sobre todo ahora que es única, tan pura y tan virtuosa como lo era cuando al embarcarse me dijo: «Dumay, que no te detenga el temor al patíbulo cuando se trate del honor de Modesta.»

—En esas palabras reconozco á ambos perfectamente—había dicho la señora Miñón, muy conmovida.

—Apostaría mi salvación eterna á que Modesta es pura como lo era en su cuna—había añadido la señora Dumay.

—¡Oh! yo lo sabré—había replicado Dumay,—si la señora condesa quiere permitirme emplear un medio, pues los viejos veteranos entendemos en estrategia.

—Le permito á usted que haga todo cuanto contribuya á sacarnos de dudas, siempre que sea sin dañar á nuestra última hija.

—Y ¿cómo te arreglarás, Ana—había preguntado la señora Dumay,—para averiguar el secreto de una joven, cuando está tan bien guardado?

—Obedecedme todos—había exclamado el teniente,—pues os necesito á todos.

Este rápido relato, que, sabiamente desarrollado, hubiera dado asunto para describir todo un cuadro

de costumbres (¡cuántas familias recordarán con él acontecimientos de su vida!), basta para hacer comprender la importancia de los detalles, de los seres y de las cosas durante aquella velada en que el viejo militar se había propuesto luchar con una joven y hacer salir del fondo de su corazón un amor observado por una madre ciega.

Una hora pasó en espantosa calma, interrumpida únicamente por las jeroglíficas frases de los jugadores: «¡Oros!—¡Triunfo!—¡Corte usted!—¿Cómo estamos?—¡Á ocho!—¿Á quién toca dar?» frases que constituyen hoy las grandes emociones de la aristocracia europea. Modesta trabajaba sin asombrarse del silencio que guardaba su madre. El pañuelo de la señora Miñón cayó de su falda al suelo, Butscha se precipitó sobre él para recogerlo, y logrando así aproximarse á Modesta, le dijo al oído al erguirse:

—¡Tenga usted cuidado!...

Modesta fijó en el enano unos ojos asombrados que llenaron á Butscha de inefable alegría, y contribuyeron á que éste se frotase las manos hasta arrancarse la epidermis y se dijese:

—¡No ama á nadie!

En este momento, Exuperio entró como una exhalación en la sala y dijo al oído á Dumay:

—¡Ya está ahí el joven!

Dumay se levantó, se abalanzó sobre sus pistolas y salió.

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¿y si lo mata? —exclamó la señora Dumay anegada en llanto.

—Pero ¿qué pasa?—preguntó Modesta mirando á sus amigos con aire cándido y sin espanto alguno.

—Se trata de un joven que da vueltas alrededor del *Chalet*,—exclamó la señora Latournelle.

—Y ¿qué mal hace en eso para que lo mate Dumay?—repuso Modesta.

—*Sancta simplicita!*—dijo Butscha contemplando á su amo con tanto orgullo como el que denota Ale-

jandro cuando contempla á Babilonia en el cuadro de Lebrún.

—¿Adónde vas, Modesta?—preguntó la madre á la hija, al ver que ésta se marchaba.

—A prepararlo todo para acostarla á usted, mamá—respondió Modesta con una voz tan pura como el sonido de un armonio.

—No ha logrado usted lo que deseaba—dijo el notario á Dumay cuando éste volvió.

—Modesta es juiciosa como la virgen de nuestro altar—exclamó la señora de Latournelle.

—¡Ah! ¡Dios mío! aunque soy muy fuerte, estas emociones me matan—dijo el antiguo cajero.

—Que pierda cinco reales si comprendo una palabra de lo que hacen ustedes esta noche—dijo Gobenheim;—parecen ustedes locos.

—Se trata, sin embargo, de un tesoro—dijo Butscha poniéndose de puntillas para poder hablar á Gobenheim al oído.

—Dumay, por desgracia, estoy segura de lo que le he dicho—repitió la madre.

—Señora—le dijo Dumay con voz tranquila,—ahora á usted le toca probarnos que estamos engañados.

Al ver que se trataba únicamente del honor de Modesta, Gobenheim tomó el sombrero, saludó y salió, llevándose cincuenta céntimos por considerar que sería ya imposible continuar jugando.

—Exuperio y tú, Butscha, dejadnos—dijo la señora Latournelle.—Idos al Havre, que aun llegaréis á tiempo para ver la primera pieza. Yo os la pago.

Quando la señora Miñón quedó sola con sus cuatro amigos, la señora Latournelle, después de haber mirado á Dumay, que, como bretón, comprendió la testarudez de la madre, y á su marido, que jugaba con las cartas, se creyó autorizada para tomar la palabra.

—Veamos, señora Miñón, ¿en qué hecho decisivo se funda usted para opinar de esa manera?

—¡Ay, amiga mía! si fuera usted músico, hubiera

usted entendido, como yo, el lenguaje de Modesta cuando habla de amor.

El piano de las dos señoritas Miñón, era uno de los pocos muebles que habían sido trasladados de la casa de campo al *Chalet*. Modesta había ahuyentado muchas veces el aburrimiento estudiando sin maestro. Música por naturaleza, tocaba para alegrar á su madre, cantaba sin afectación y repetía los aires alemanes que la ciega le enseñaba. De estos esfuerzos, había resultado el fenómeno, bastante vulgar en las naturalezas inclinadas por vocación á algo, de que, sin saberlo, Modesta componía, como se puede componer sin conocer la armonía, cantinelas puramente melódicas. La melodía es á la música lo que son la imagen y el sentimiento á la poesía, una flor que puede brotar espontáneamente. Por eso los pueblos tenían melodías naturales antes de la invención de la armonía. La botánica nació después de las flores. Modesta, sin haber aprendido dibujo, y únicamente por lo que había visto hacer á su hermana cuando ésta pintaba acuarelas, quedaba asimismo encantada y extasiada ante un cuadro de Rafael, del Ticiano y de Rubens, de Murillo, de Rembrandt, de Alberto Durer y de Holbein, es decir ante el hermoso ideal de cada país; ahora bien, de un mes á aquella parte sobre todo, Modesta se entregaba á cantos de ruiseñor, y hacía tentativas cuyo sentido y poesía había llamado la atención de su madre, sorprendida al ver á Modesta engolfada en la composición y procurando inventar aires basados en palabras desconocidas.

—Si la sospecha de usted no tiene más base que esa—dijo Latournelle á la señora Miñón,—lamento su susceptibilidad.

—Cuando las jóvenes de Bretaña cantan—dijo Dumay muy pensativo,—el amante no está lejos de ellas.

—Yo haré de modo que sorprendan á Modesta improvisando, y entonces podrán ustedes hablar—dijo la madre.

—¡Pobrecilla!—dijo la señora Dumay.—Si ella supiese nuestras inquietudes, se desesperaría y nos diría la verdad, sobre todo al saber la importancia que esto tiene para Dumay.

—Amigos míos, mañana interrogaré á mi hija—dijo la señora Miñón,—y acaso obtenga yo más con mi ternura que ustedes con la astucia.

La comedia de *la Doncella mal vigilada*, ¿se representaba allí como en todas partes y como siempre, sin que aquellos honrados Bartolos, aquellos fieles espías y aquellos perros de los Pirineos tan vigilantes, hubiesen podido adivinar y percibir al amante, la intriga y el humo del fuego? Esto no era el resultado de un desafío entre los guardianes y una prisionera, entre el despotismo de un calabozo y la libertad del detenido, sino la primera escena representada al levantar el telón de la creación: Eva en el paraíso. Y ahora, ¿quién tenía razón? ¿la madre ó el perro guardián? De las personas que rodeaban á Modesta, ninguna podía comprender aquel corazón de joven, pues, ¡creedlo! su alma y su rostro estaban en armonía. Modesta había transportado su vida á un mundo tan negado en nuestros días, como el de Cristóbal Colón en el siglo xv. Por fortuna, Modesta se callaba, pues de otro modo hubiera sido tomada por loca. Expliquemos ante todo la influencia del pasado en esta joven.

Dos acontecimientos habían formado para siempre su alma, del mismo modo que desarrollaron su inteligencia. Advertidos por la catástrofe ocurrida á Betina, los señores Miñón creyeron necesario, antes de arruinarse, casar á Modesta, y habían elegido para esposo de ésta al hijo de un rico banquero hamburgués establecido en el Havre desde 1815, el cual, por otra parte, les debía muchos favores. Este joven llamado Francisco Althor, petimetre del Havre, dotado de la belleza vulgar propia de los burgueses, siendo en una palabra lo que los ingleses llaman un *mastok* (buenos

colores, robustez y fuerte contextura), abandonó de tal modo á su prometida en el momento del desastre, que no volvió á ver ni á Modesta, ni á la señora Miñón, ni á los Dumay. Habiéndose aventurado Latournelle á interrogar respecto á este punto al papá Jacob Althor, éste se había encogido de hombros, diciéndole con indiferencia: «No sé de qué me habla usted.» Esta respuesta, transmitida á Modesta á fin de que le sirviese de experiencia, fué una lección tanto mejor comprendida, cuanto que Latournelle y Dumay hicieron comentarios bastante extensos acerca de tan innoble proceder. Las dos hijas de Carlos Miñón, como verdaderas niñas mimadas, montaban á caballo, tenían coches, criados, y gozaban de una libertad fatal. Al ver que sus amores eran consentidos, Modesta había permitido á Francisco que le besase la mano, que le abrazase el talle y que le ayudase á montar á caballo; había aceptado flores de él y toda esa serie de insignificantes testimonios de ternura de que están llenos todos los noviazgos; le había bordado una bolsa, creyendo en esta clase de lazos, tan fuertes para las almas grandes y tan insignificantes para los Gobenheim, los Vilquín y los Althor. La primavera que siguió al establecimiento de la señora y de la señorita Miñón en el *Chalet*, Francisco Althor fué á comer á casa de los Vilquín, y como hubiese visto á Modesta en el jardín, volvió la cabeza. Seis semanas después se casó con la hija mayor de Vilquín. Modesta, hermosa, joven y noble, vino en conocimiento, de este modo, de que durante tres meses sólo había sido la señorita *Millón*. La conocida pobreza de Modesta fué, pues, un centinela que defendió los alrededores del *Chalet* mejor que la prudencia de los Dumay y que la vigilancia de la señora Latournelle. No se hablaba de la señorita Miñón más que para insultarla con frases como las siguientes. «¡Pobre muchacha! ¿qué será de ella? Se quedará para vestir santos.—¡Qué mala suerte! ¡Haber visto á todo el mundo á sus pies, ha-

ber tenido probabilidad de casarse con el hijo de Althor y encontrarse sin que nadie la quiera!—¡Haber conocido la vida más fastuosa y más grata y caer en la miseria!» Y no se crea que estos insultos fueron secretos y adivinados únicamente por Modesta, sino que ésta los escuchó más de una vez de boca de algunos jóvenes del Havre, cuando iban á pasear á Ingouville, los cuales, aunque sabían que la señora y la señorita Miñón vivían en el *Chalet*, no se cuidaban de bajar la voz cuando hablaban de ellas. Algunos amigos de los Vilquín se asombraban de que aquellas dos mujeres quisiesen vivir en medio de las creaciones de su antiguo esplendor. Modesta oyó muchas veces, desde detrás de las persianas, insolencias de este género.

—No sé cómo pueden vivir ahí—decían algunos dando vueltas alrededor del jardín, sin duda para ayudar á los Vilquín á echar del *Chalet* á sus inquilinos.

—¿De qué viven? ¿qué pueden hacer ahí?

—La vieja se ha quedado ciega.

—¿Está aún guapa Modesta?

—¡Ah! ya no tiene caballos.

—Pues antes era muy elegante.

Oyendo estas estupideces de la envidia que se precipita babosa y colérica hasta el pasado, muchas jóvenes hubieran sentido que se les agolpaba la sangre al corazón, otras hubiesen llorado, algunas hubiesen sufrido accesos de rabia; pero Modesta se sonreía como se sonríe uno en el teatro ante el diálogo de los actores. Su orgullo no descendía hasta las bajas regiones de donde procedían aquellas frases.

El otro acontecimiento fué más grave aún que esta cobarde ingratitud comercial. Betina Carolina había muerto en brazos de Modesta, quien cuidó á su hermana con todo el cariño propio de la adolescencia y con toda la curiosidad de una imaginación virgen. En medio del silencio de la noche, las dos hermanas

habían tenido infinidad de conferencias. ¡De cuánto interés dramático estaba revestida Betina á los ojos de su inocente hermana! Betina conocía únicamente la pasión desde el punto de vista de las desgracias que reporta, y moría por haber amado. Entre dos jóvenes, todo hombre, por malvado que sea, sigue siendo siempre un amante. La pasión es casi lo único absoluto que hay en las cosas humanas, y no quiere nunca tener la culpa. Jorge de Stourny, jugador, crapuloso y culpable, se aparecía siempre en el recuerdo de aquellas dos jóvenes como el petimetre parisiense de las fiestas del Havre, codiciado por todas las mujeres (Betina creyó habérselo quitado á la coqueta señora Vilquín), en una palabra, como el amante feliz de Betina. La adoración en una joven es más fuerte que todas las reprobaciones sociales, y á los ojos de Betina la justicia se había engañado: ¿cómo habían podido condenar á un joven por quien ella se había visto amada durante seis meses, y amada con pasión en el misterioso retiro donde Jorge la escondió en París para conservar allí su libertad? Betina moribunda había inoculado, pues, el amor á su hermana, y estas dos jóvenes habían hablado frecuentemente de ese gran drama de la pasión que la imaginación agranda aún más, y la muerta se había llevado á la tumba la pureza de Modesta, dejándola, si no instruída, por lo menos llena de curiosidad. Sin embargo, los remordimientos habían hundido demasiadas veces sus agudos dientes en el corazón de Betina para que ésta dejase de aconsejar á su hermana, y, en medio de sus confesiones, nunca había dejado aquella de predicar á Modesta, de recomendarle una obediencia absoluta á la familia, y de suplicarle que no se olvidase de aquel lecho empapado en lágrimas y de las grandes penas y sufrimientos que su conducta le había acarreado. Betina se acusó de haber atraído la ira del cielo sobre su familia, y murió desesperada porque no recibía el perdón de su padre.

A pesar de los consuelos de la religión, apiadada ante tanto arrepentimiento, Betina no cerró los ojos sin exclamar en el momento supremo con voz desgarradora: «¡Padre mío! ¡padre mío!»

—No des tu corazón sin tu mano—había dicho Carolina á Modesta una hora antes de morir,—y sobre todo no prestes oídos á ningún hombre sin la venia de mamá ó de papá...

Estas conmovedoras palabras, dichas en medio de la agonía, hicieron tanta mayor huella en la inteligencia de Modesta, cuanto que Betina exigió que le prestase un solemne juramento. Esta pobre joven, perspicaz como una profetisa, sacó de debajo de su almohada un anillo en el que había hecho grabar por divisa la frase: *¡Piensa en Betina!* 1827. Unos instantes antes de exhalar el último suspiro, la joven colocó en el dedo de su hermana este anillo, rogándole al mismo tiempo que lo conservase hasta el día de su casamiento. Tuviron lugar, pues, entre aquellas dos jóvenes, una serie de escenas en las que se reunieron los punzantes remordimientos y las sencillas descripciones del corto espacio de tiempo al que sucedieron en breve las mortales brisas del abandono; pero en las que los llantos, las penas y los recuerdos estuvieron siempre dominados por el terror de la enfermedad.

Y sin embargo, este drama de la joven seducida que vuelve á morir de horrible enfermedad bajo el techo de una elegante miseria, el desastre paterno, la cobardía del yerno de Vilquín y la ceguera de la madre, inflúan únicamente en la vida exterior de Modesta, por la cual se dejaban engañar los Dumay y los Latournelle, pero no la ciega, cosa que no tiene nada de extraño, pues ningún cariño y penetración pueden igualar á los de una madre. Aquella vida monótona en aquel precioso *Chalet*, en medio de las hermosas flores cultivadas por los Dumay; aquellas costumbres rígidas y regulares como los movimientos de un reloj; aquella formalidad provinciana; aquellas partidas

de juego en torno de las cuales se hacían labores; aquel silencio interrumpido únicamente por los bramidos del mar durante los equinoccios; aquella tranquilidad monástica ocultaba la vida más borrascosa, la vida de las ideas, la vida del mundo espiritual. Se asombra algunas veces el mundo ante algunas faltas cometidas por ciertas jóvenes; pero es porque éstas no tienen á su lado entonces una madre ciega que sepa adivinar su corazón virgen, minado por los subterráneos de la fantasía. Los Dumay dormían cuando Modesta abría su ventana imaginándose ver cómo pasaba por allí algún hombre, el hombre de sus sueños, el caballero esperado, que la tomaría en la grupa afrontando los tiros de Dumay. Abatida después de la muerte de su hermana, Modesta se había entregado á lecturas continuas de un modo capaz de embrutecer á cualquiera. Acostumbrada á hablar dos lenguas, poseía tan bien el alemán como el francés, y además ella y su hermana habían aprendido el inglés con la señora Dumay. Modesta, poco vigilada en este punto por gente de instrucción, dió por pasto á su alma las obras maestras modernas de las tres literaturas inglesa, alemana y francesa. Lord Byron, Goethe, Schiller, Walter Scott, Hugo, Lamartine, Crabbe, Moore, las grandes obras de los siglos xvii y xviii, la historia del teatro, la novela desde *La Astrea* hasta *Manón Lescaut*, desde los *Ensayos* de Montaigne hasta Diderot, desde los *Romances* hasta la *Nueva Eloisa*, el pensamiento de tres países, llenó de confusas imágenes á aquella cabeza sublime por su fría sencillez y por su virginidad, de donde brotó, brillante, ardiente, sincera y fuerte, una admiración absoluta por el genio. Para Modesta, un libro nuevo era un gran acontecimiento, se consideraba feliz cuando caía en sus manos una obra maestra capaz de asustar como hemos visto á la señora Latournelle, y se contristaba cuando la obra no le estragaba el corazón. Un lirismo íntimo hirvió en aquella alma llena de las hermosas ilusio-

nes de la juventud. Pero de aquella vida ardiente no llegaba resplandor alguno á la superficie, aquel fuego interno pasaba desapercibido lo mismo para Dumay y su mujer, que para los Latournelle; pero los oídos de la madre ciega oyeron sus chisporroteos. El profundo desdén que Modesta sintió entonces por todos los hombres ordinarios no tardó en imprimir á su rostro un no sé qué de orgulloso y de salvaje que atemperó su sencillez germánica y que estaba, por otra parte, de perfecto acuerdo con un detalle de su fisonomía. Las raíces de sus cabellos parecían continuar el ligero surco formado ya por el pensamiento entre las cejas, contribuyendo de este modo á aumentar la expresión de su bravura. La voz de aquella encantadora muchacha, á quien Carlos denominaba la *babuchita de Salomón* á causa de su talento, había adquirido una preciosa flexibilidad con el estudio de las tres lenguas. Esta cualidad está aún realizada por un timbre de voz suave y fresco que hiere tanto al corazón como al oído. Si la madre no podía ver la esperanza de un elevado destino escrita en su frente, estudió en cambio las transiciones de la pubertad del alma en los acentos de aquella voz amorosa. Al famélico período de las lecturas de Modesta sucedió el ejercicio de esa extraña facultad que tienen las imaginaciones vivas de hacerse actor en una vida arreglada como la de un sueño; de representarse las cosas deseadas con tal fuerza, que tocan casi la realidad, de gozar, en fin, con el pasado, de casarse, de verse viejo, de asistir á su entierro como Carlos V, de desempeñar en sí mismo la comedia de la vida y, en caso de necesidad, la de la muerte. Modesta, por su parte, desempeñaba la comedia del amor, se suponía adorada á placer y creía pasar por todas las fases sociales. Convertida en heroína de una novela, amaba ya al verdugo, ya á algún malvado que acababa en el patíbulo ó bien, como su hermana, á algún joven elegante y sin dinero que tenía también que ver con la audien-

cia. Modesta se creía cortesana, se burlaba de los hombres en medio de las fiestas continuas, como Niñón, hacía tan pronto la vida aventurera como la de la actriz aplaudida, y se creía sujeto de casualidades como las de Gil Blas y de triunfos como los de Pasta, Malibrán y Florina. Cansada de horrores, volvía á la vida real, se casaba con algún notario, comía honradamente pan moreno; se veía convertida en una señora Latournelle, aceptaba una existencia penosa y soportaba las molestias que acarrea la persecución de la fortuna. Después, volvía á empezar las novelas: se veía amada por su belleza; un hijo de un par de Francia, joven excéntrico y artista, adivinaba su corazón y reconocía la estrella que el genio de las Staël había colocado en su frente. Otras veces, su padre volvía millonario, y, autorizada por su experiencia, sometía á sus amantes á pruebas, conservando ella su independencia; poseía un magnífico palacio, criados, coches, todo lo que el lujo tiene de agradable, y engañaba á sus pretendientes hasta tener cuarenta años, decidiéndose entonces por una cosa ó por otra. Esta edición de las *Mil y una Noches*, duró cerca de un año, é hizo conocer á Modesta la sociedad mediante el pensamiento. La joven creyó tener demasiadas veces la vida en un hilo y se dijo filosóficamente, con demasiada amargura, seriedad y frecuencia: «Bien, ¿Y qué?», para no sumirse en esa profunda melancolía que se apodera de los hombres de genio obligados á salir de ella por los inmensos trabajos de la obra á que se dedican. A no haber sido por su rica naturaleza y su juventud, Modesta hubiera ido á parar á un claustro. Esta sociedad sumió á la joven, creyente aún y llena de fe católica, en el amor al bien y en el infinito del cielo. Modesta concibió la caridad como ocupación de la vida; pero quedó sujeta á melancólicas tristezas, al no encontrar ya pasto para la fantasía escondida en su corazón, cual lo está el insecto venenoso en el fondo de un cáliz. Y la infeliz cosía tran-

quilamente corpiños para los hijos de los pobres y escuchaba con aire distraído las disputas del señor Latournelle, que reprochaba á Dumay el que le hubiese fallado una carta ó el que le hubiese hecho gastar su último triunfo. La fe empujó por una senda singular á Modesta, la cual se imaginó que pasando á ser irreprochable, católicamente hablando, adquiriría tal estado de santidad, que Dios la escucharía y calmaría sus deseos.

—Según Jesucristo, la fe puede levantar montañas; el Salvador arrastró á su apóstol al lago Tiberiades. Pero yo no le pido á Dios más que un marido—se dijo Modesta,—y esto me parece que es cosa mucho más fácil que ir á pasear por encima del mar.

La joven ayunó toda una cuaresma y permaneció mucho tiempo sin cometer ningún pecado; después se dijo que tal día al salir de la iglesia debía encontrar á un hermoso joven digno de ella, que agradaría á su madre y que la seguiría á ella locamente enamorado. El día que ella había señalado á Dios con objeto de que éste le enviase un ángel, llovía á cántaros, sólo se vió seguida por un pobre bastante cargante y no se encontraba ningún joven en los alrededores de la iglesia. Entonces Modesta se fué al puerto á ver cómo desembarcaban unos ingleses; pero éstos llevaban sus correspondientes inglesas, casi tan hermosas como Modesta, la cual no pudo ver ningún Child Harold extraviado. En aquella época, la joven lloraba amargamente cuando se sentaba, como Mario, sobre las ruinas de sus fantasías. Un día que había evocado á Dios por tercera vez, Modesta creyó que el elegido de sus sueños había ido á la iglesia, obligó á la señora Latournelle á mirar detrás de todos los pilares, creyendo que el imaginado amante se escondía por delicadeza, y, de pronto, viendo sus esperanzas frustradas, destituyó á Dios de todo poder. La desconsolada Modesta tenía frecuentes conversaciones con aquel amante imaginario, en las que le comunicaba sus

ilusiones y proyectos, inventaba preguntas y respuestas y le atribuía mucho talento.

La excesiva ambición de su corazón, oculta en estas novelas, fué, pues, la causa de aquella formalidad tan admirada por las buenas personas que custodiaban á Modesta, las cuales hubieran podido ofrecerle muchos Franciscos Althor y Vilquines hijo sin que Modesta hubiera descendido hasta ellos, pues ella quería pura y sencillamente un hombre de genio, toda vez que el talento le parecía poco, como le parece poco un abogado á la joven que aspira á un embajador. Asimismo, la riqueza no la deseaba Modesta más que para arrojarla á los pies de su ídolo. El fondo de oro en que se destacaban las figuras de sus sueños era menos rico aún que su corazón, lleno de las delicadezas de la mujer, pues su pensamiento dominante era el hacer feliz y rico á un Tasso, á un Milton, á un Juan Jacobo Rousseau, á un Murat, á un Cristóbal Colón. Las desgracias vulgares conmovían poco á aquella alma, que se proponía sobrepujar á esos mártires ignorados á veces en vida. Modesta sentía continuamente sed de los sufrimientos, de los grandes dolores del pensamiento. Tan pronto componía bálsamos como inventaba galanteos, músicas y mil medios, con los cuales hubiera calmado la feroz misantropía de Juan Jacobo. Otras veces se suponía la mujer de lord Byron, adivinaba casi su desprecio por lo positivo, haciéndose tan fantástica como la poesía de *Manfredo*, y sus dudas hacían que su marido se convirtiese al catolicismo. Modesta reprochaba la melancolía de Molière á todas las mujeres del siglo xvii.

—¿Cómo no acude—se preguntaba—hacia cada hombre de genio una mujer amante, rica y hermosa, que se haga su esclava como en *Lara*, el paje misterioso?

Ya veis que ella había comprendido perfectamente el *pianto* que el poeta inglés cantó para el personaje de Gulnara, y que admiraba mucho la acción de aquella joven inglesa que fué á proponerse por esposa á

Crebillón hijo y que se casó con él. La historia de Sterne y de Elisa Draper llenó su vida y constituyó su dicha por espacio de algunos meses. Convertida con el pensamiento en heroína de una novela análoga, Modesta estudió más de una vez el sublime papel de Elisa, y la admirable sensibilidad, tan graciosamente expresada en aquella correspondencia, llenó sus ojos de lágrimas, las cuales faltaron, según se dice, en los ojos del más ocurrente de los autores ingleses.

Modesta vivió, pues, aún algún tiempo ocupada en la comprensión, no sólo del corazón, sino también del carácter de sus autores favoritos. Goldsmith, el autor de *Oberman*, Carlos Nodier, Maturín, los más pobres, los más achacosos, eran sus dioses; Modesta adivinaba sus dolores, se miraba en aquellos desenlaces entremezclados de contemplaciones celestes, derramaba en ellos los tesoros de su corazón y creía ser la autora del bienestar material de aquellos artistas, mártires de sus facultades. Esta noble compasión, esta intuición de las dificultades del trabajo, este culto al talento, es uno de los caprichos más raros que jamás haya podido ocupar el alma de una mujer; es ante todo una especie de secreto entre ésta y Dios, pues en dicho culto nada hay que llame la atención, nada que halague la vanidad, ese auxiliar tan poderoso de las acciones en Francia. De este tercer período de ideas nació en Modesta un violento deseo de penetrar en el corazón de una de esas existencias anómalas, de conocer los resortes del pensamiento, las desgracias íntimas del genio, y lo que éste es y lo que quiere. Así es que, en ella, las calaveradas de su fantasía, los viajes de su alma por el vacío, las excursiones hechas por las tinieblas de su porvenir, la nobleza de sus ideas respecto á la vida, su resolución de sufrir en una esfera elevada, en lugar de enfangarse en los pantanos de una vida provinciana, como había hecho su madre; el compromiso que tenía consigo misma de no desfallecer, de respetar el hogar paterno

y de no llevar á él más que alegría, todo este mundo de sentimientos se manifestó por fin de una manera: Modesta quiso ser la compañera de un poeta, de un artista, en una palabra, de un hombre superior á los demás hombres; pero quiso escogerlo y no darle su corazón, su vida y su inmensa ternura hasta después de haberlo sometido á un detenido estudio. La joven empezó á gozar ya de esta bonita novela. La tranquilidad más profunda reinó en su alma. Su fisonomía se coloreó suavemente. Modesta pasó á ser la hermosa y sublime imagen de la alemana que habéis visto, la gloria del *Chalet*, el orgullo de la señora Latournelle y de los Dumay; gozó de una doble existencia, llevaba á cabo humildemente y con amor todas las minuciosidades de la vida vulgar del *Chalet*, y se servía de ellas como de un freno para encerrar el poema de su vida ideal al igual que los cartujos, que regularizan la vida material y se ocupan de algo para dejar que el alma se desarrolle con la oración. Todas las grandes inteligencias se sujetan á algún trabajo mecánico á fin de hacerse dueñas del pensamiento. Espinosa pulía cristales para anteojos; Bayle contaba las tejas de los tejados, Montesquieu trabajaba en el jardín. Domado el cuerpo de este modo, el alma despliega sus alas con toda seguridad. Así, pues, la señora Miñón, que leía en el alma de su hija, tenía razón. Modesta amaba, pero amaba con ese amor platónico tan raro, tan poco comprendido, que es la primera ilusión de las jóvenes, el más delicado de todos los sentimientos, la golosina del corazón; bebía á grandes tragos en la copa de lo desconocido, de lo imposible, del sueño; admiraba el pájaro azul del paraíso de las jóvenes que canta á distancia, que no puede ser tocado con la mano, que se deja entrever, que no puede ser alcanzado por el plomo mortífero del fusil, y cuyos mágicos colores resplandecen y deslumbran los ojos, y que no se vuelve á ver ya nunca una vez que aparece la realidad, esa horrible arpía.

¡Gozar de todas las poesías del amor sin ver el amante!
¡qué fantástica quimera! ¡qué suave goce!

He aquí la fútil casualidad que decidió de la vida de esta joven.

Modesta vió en el escaparate de un librero el retrato litografiado de uno de sus favoritos, de Canalis. Ya sabéis cuán engañosos son estos bosquejos, fruto de odiosas especulaciones que se hacen con la persona de las gentes célebres, como si su rostro fuese una propiedad pública. Ahora bien, Canalis, retratado en una postura bastante byroniana, ofrecía á la admiración pública sus desordenados cabellos, su desnudo cuello y esa frente desmesurada que debe tener todo bardo. La frente de Víctor Hugo hará afeitarse tantos cráneos como mariscales en ciernes han muerto á causa de la gloria de Napoleón. Aquella figura, sublime por necesidad mercantil, llamó la atención de Modesta, y el día que ella compró aquel retrato, acababa de aparecer uno de los libros más hermosos de Arthez. Aunque no estuvo acertada, es lo cierto que la joven dudó mucho tiempo entre el ilustre poeta y el ilustre prosista. Pero ¿eran libres estos dos hombres célebres? Modesta empezó por asegurarse la cooperación de Francisca Cochet, joven que vivía en el Havre y á quien la señora Miñón y Dumay tomaban á veces para algunos trabajos. Modesta condujo á esta criatura bastante desgraciada á su cuarto, le juró que no daría nunca el menor disgusto á sus padres, que no se saldría nunca de los límites impuestos á una joven honrada y le prometió asegurarle una existencia tranquila cuando volviese su padre, con la condición de que le guardase un secreto inviolable acerca del servicio reclamado. ¿Qué clase de servicio era este? Poca cosa, una cosa inocente. Todo lo que Modesta exigió de su cómplice consistía en echar unas cartas al correo y en retirar de él las que estuviesen dirigidas á Francisca Cochet. Hecho este pacto, Modesta escribió una carta muy atenta á Dauriat, editor de las poesías